



EMILIO ORIBE

## T I E M P O   D E   A V I A C I Ó N

*Para «La Cruz del Sur».*

Nos harás presenciar, poeta, en el nuevo continente  
las fugas de aeroplanos.

Ya miden los motores la frente del cielo.

Los metales revelan conceptos sublimes.

Y equilibrios de geometrías flotantes

Y anotan los triunfos

de las máquinas

con musicales émbolos provistos de gracia e inteligencia

Grisos hangares libertan al cielo racimos de aviones de un solo color.

Mariposas útiles.

Con cargamentos van de mares a ciudades  
y el polvo de oro adherido a las ruedas  
resbala y cae en el vino de nuestra copa.

Aviadores veo avanzar por el lado del mar.

Las olas, contra las murallas, levantan el busto hacia ellos.

Mis ojos no sostienen más esperanzas ciegos:

Afirman.

Afirman la grandeza del hombre y mis labios la cantan

Nada más grande que cantarla ante la fuerza y el júbilo

que trae en sus vuelos divinos el día naciente,  
superavión sonrosado, de la única hélice de oro,  
redonda de tanto hacer girar las paletas por el éter.

Alas de verdad contra la tierra se mutilan hoy.  
Las espaldas de los hombres,  
ásperas están de muñones como esponjas con sangre.  
Sí. Alas potentes abatidas por los vítrios sutiles del viento.  
Por el placer de destruir la hélice, corola del fuego y del ritmo  
la muerte empieza a deshojar esa margarita de mil radios.

Pero el hombre levanta de nuevo la trágica flor,  
la hace girar otra vez y con ella dibuja el halo de santidad  
que rodea la frente zenital del avión en marcha.

O intercambios de héroes realizanse en la frontera de las nubes.  
Enviamos paladines a lo alto  
y arcángeles retornan con técnicas de fuego.

Anclas anudadas  
en rayos solares ellos arrojan.  
Intentan asirlas en nuestras frentes.

Nocturnos reflectores  
oscilan en su flanco  
igual que espadones colgantes.

O habrá que pedirle al cielo la más ligera de sus antorchas  
para darle la luz a aquel candelabro tan sencillo  
que en las sombras balancea sus dos pequeños brazos apagados.

Yo sé de los pilotos que no vuelven y buscan en vano un estribo de nubes

Más también aseguro  
que he visto a la aurora regresar con la crucecita de un avión  
pendiente de los rosados collares del pecho.

Graba el diamante del cielo  
en la misma piedra azul  
la cruz de los aviones y la gigante cruz de las catedrales.  
desvelados aeródromos de las plegarias

Cuando descienden a las ciudades,  
después de largas trayectorias tiemblan  
sus blanquísimas alas de aluminio  
Seres, en la inminencia del milagro planean o  
aterrizan.

Falta aún quien les hable con amor  
o los oiga, como el seráfico a las candidas aves.  
San Francisco de Asís de los aviones.

Astrólogos científicos  
en blindadas torres conciertan travesías.  
Las rutas espirales son movimientos y cánticos y fórmulas.  
Con religiosos guarismos,  
yo ví inscribirse los destinos del hombre  
en la mística ascensión de estas metálicas aves de alcornica.  
Dios mío.

Avión que cae.  
Espada de fuego.  
Espada que se ha desprendido de la mano del Angel  
y va a caer vencida,  
en lo más difícil de la lucha con las tinieblas.

Mitos depositaron las olas en las playas indígenas  
desde las noches en que los hombres colonizaron horizontes,  
y en las siembras de ciudades repartieron  
aparatos de maravilla o energía de otras épocas.

Los vientos dejaron en blanco sus páginas sin márgenes  
para otros poemas que no fuesen los pájaros.

La audacia contenida prefirió la ciega confianza  
de la tierra o el agua.  
Pero jamás la libertad y la ligereza del aire.

La diafanidad específica del aire.  
Leyeron en ella sólo los poetas  
y allí se aventuraron  
Hoy, en el nuevo continente,  
puedo presagiar la enjambrazón venidera de los aviones  
Ya vienen por donde hace poco planeaba la flecha  
y los papagayos repetían el aaaaaah! de los guijarros de las hondas.

Hidroplanos en las zonas ecuatoriales  
sabiamente rozan las cuerdas de los arco iris del trópico  
y despiertan músicas dignas de acompañar  
el viejísimo harmonium de las marcas

Retornan del destierro, noche a noche, cargadas de cadenas  
nuevas constelaciones,  
bajo el ojo avizor de los capitanes de ruta.

En los raids de Africa al Brasil  
los hidroplanos vencen las superficies marinas  
si sobre ellos descienden,  
remolques en atmósferas de plata, los finos cables de los plenilunios.

Los hombres que más se arriesgan, podrán decirnos,  
que piloto ejemplar deja caer la Cruz del Sur desde tan alto  
y la mira hundirse en los mares, invertida como un ancla.

Máquina, con el pecho liso y chato, igual que aves marinas,  
se orientan en los rumbos del aire,  
para detenerse ante las brigadas en fila de las grúas.  
Turnos de las dársenas.  
Río de Janeiro.  
Montevideo.

Buenos Aires.  
Con el índice en lo alto yo dibujaré las trayectorias de mañana.

Grisés hangares libertan al cielo racimos aéreos de varios colores.

Grandes mariposas fenicias.  
Se anuncian desde muy lejos  
y tan sutiles son como el humo azul que penetra en la alcoba  
y sólo se revela en la franja de sol del ventanal.  
Saben mantenerse intactas

en el seno de la tormenta y de la nieve.  
Trafican los tesoros de ciudad en ciudad.

O hecha la metamorfosis  
de los números pitagóricos en inspiradas abejas,  
también avanzan éstas,  
buseadoras de estambres de acero en los penachos de los hungares.

El otro polen fecundador codician.  
Las urbes las atraen con dádivas de miel.  
o estratificados al: éolos de formas cúbicas.

Turnos de los palacios.  
Buenos Aires.  
Montevideo.  
Río de Janeiro.

Resplandecientes  
en la dicha de la dorada luz  
que por las cornisas llueve sin cesar  
los rascacielos.  
Panales de las libras esterlinas.

Yo soy el metafísico pasajero del índice en lo alto.  
Me veréis sembrando en los canales de entrada de los antepuertos  
al caer la tarde una vía de boyas luminosas.

Para no extraviarme en el laberinto de los retornos,  
señales más señales son esas lámparas que dejo caer del corazón.

Al fin de esta siembra errante me detengo y la contemplo  
El polo sur, después de renovar las piedras antiguas  
de la cruz austral,  
la hace girar sobre su cabeza con movimientos de honda.

El timonel de las constelaciones de otoño,  
festeja el término de los últimos raids latinos,  
haciendo salpicar el agua con una lluvia de estrellas fugaces

Enseñaré, si puedo,  
como terminan por hoy los juegos y los trabajos  
de los aviadores

Silencio del nuevo mundo.  
Los aeroplanos desaparecen en abanico  
trazando la triangulación de los límites del cielo.

Icaro, primer capitán aviador,  
despréndese de mis músculos poco a poco,  
y contagia su vértigo a las hélices.

Vira hacia las repúblicas fraternas.  
En el crepúsculo distiende sus brazos mal encadenados de ascuas.  
Me saluda — Adiós.

Tres veces. Adiós.  
La hoguera envolvente  
que parece producir el roce de su cuerpo  
no lo calcina ya.  
Y él se vá por fin, en ella  
Feliz navegador en su propio elemento de llamas como en un río.